

UN HOMBRE



hacís que no contestay? ¡Cobarde!...

Manuel Jesús se estremeció. Todo podía soportarlo, pero que lo llamara cobarde, no.

—No Ramón, fijese en lo que dice: yo no soy cobarde...

—¿Y por qué no hablay?...

—Y qué le voy a decir a usted que sabe que subo por ver a su hija... ¿Qué más quiere?... Los hombres arroglan estas cosas callaitos...

Algo desconcertado, ño Ramón lo miró fijamente varios segundos. Al fin dijo:

—¿De moo que vos me venís a dar leuciones...?

—El, el vagabundo...—gritó Josefa.

—Tampoco soy vago. Usted debía callarse. ¿Quién la manda que hable onde no debe?...

—¿Vos me querís hacer callar? Sois mi paire vos...?

—Si hubiera sío su paire, usted no sería como es...

—Y vos no le decís ná, Ramón...

—Pase pa acá, amigo, pase pa acá y hablemos de su atrevimiento...

Entró Manuel Jesús, un mozo de 24 años, fornido, de aspecto íntegro, hirsutos los cabellos, la barba rala, muy sincera la mirada.

—Atrevimiento... sí... atrevimiento... Tiene razón. Le ruego que me perdone.

—Ya cayó el hombre... Pidiendo perdón...—murmuró Josefa.

—¡Cállate—ordenó No Ramón.—Hable, amigo. Yo también tuve su edad, pero nunca puse los ojos en las hijas de familia.

Se irguió Manuel Jesús, que había permanecido de pie, y, mirándole con profundo desprecio, le dijo:

—Usted no ponía los ojos en las hijas de familia, sino en las desgraciás, en aquellas perras sin amo, por las que naide responde... Usted fué un

—Vení pa acá, gallito, vení no más, no quitís caballo...

—¿Lo pillaste?

—Sí; era un conocio...

Y por la faz de ño Ramón pasó la sombra de un dolor. Era un hombre fuerte, de atlética complexión, que no tenía más amores en su vida que su hija Julia, una agraciada muchacha morena, de 18 años bien cumplidos y bellamente vividos.

—Era él, Josefa, era él; el gato que sentíamos por las noches en el enzingao...

—¿Sinvergüenza!... Qué tenis que decir vos, sueco... Mirenlo...—borboteó Josefa, una vieja de 60 años, gorda, abotagada, llena de rojeces barnizadas con gotadura...—¿Por qué no lo agarray a palos por sinvergüenza?

—Contesta,—siguió No Ramón,—¿no soy hombre pa seguir a m'hija hasta por los tejaos? ¿Qué

—¿Por qué? El hombre es responsable; si no le es, no es hombre!

—Mire, mozo, no me alee la voz; tengo muchas fuerzas...

—No le dé cuidado; nací en la calle, viví como un perro; después fui minero, crié pulsos, me hice a juerte, conozeo toos los paeçimientos; sé cómo es la muerte, sé manijar este juguete,—por el cuchillo,—no le tengo miedo a naide ni a ná.

Se levantó Ño Ramón, y, sacudiéndole, gritó:

—Mira, pellingajo, a mí no me l'engalla naide; te voy a probar que minero y too, te hago bolsa...

—No es muy fácil!

Manuel se puso firme. En vano Ño Ramón trató de dominarlo.

—Pero si quiere castigarme, pégueme; no alzaré la mano pa usted; y, pa evitar la tentación, votaré a mi compañero. Allá vá!

Y arrojó su cuchillo...

Después de una pausa en que ninguno se movió, preguntó con calma:

—¿No me pega? Gracias; no me habría gustao que me maltratara; tengo una hería abierta tuavía... me la hicieron el domingo...

—¿A qué horas?...

—No me acuerdo... creo que fué en la tarde...

—Veo que usted es hombre; y siendo como es, dígame, ¿por qué vichea del tejao a mi chiquilla, como un lairón, al uso de los gatos?

—¿No se le ocurre a usted? Míreme... No vé lo pobre que soy! Si hubiera pasao por su puerta, habría usted dentrao en sospechas, me habría golpiao u mandao preso... Yo, con peligro de mi vía, me subo al tejao pa conversar con ella, pa oírla hablar, pa convencirme que también tengo derecho a un peazo de cielo y que también hay Dios pa mí... Pa oírla decirme "te quiero", pa meterme en el corazón esa voz bendita, e irme lejos, lejos, a ganar plata pa golver por ella, entonces por la puerta... por la puerta. No la buscaba por maldá... no; soy fatal, no tengo derecho a que los demás lo sean, menos ella, que es lo único que tengo!

—¡Manuel Jesús!—ritmó una voz de mujer, que partió de un corazón de 18 años, todo ternura, abierto al amor como una rosa tempranera a la efusión del cielo y del sol.

—¡Padre! Yo lo quiero! Es tan güeno!

—Julia... Julia...

Una floreseencia de ternura contenida vibró en esa alma fuerte e infantil que no sabía de maldades, que no sabía de la vida que mancha, de la vida que mata...

—¡Padre!—suplicó Julia acercándosele.—Yo lo quiero...

—Y yo... es un hombre... Amigo, váyase y güelva cuando crea que debe golver...

Manuel Jesús, llorando, estrechó el rudo cuerpo de Ño Ramón, miró unos segundos a Julia, y, conteniendo los besos que lo sacudían, escapó rápidamente.

—Adiós,—había balbuceado.—Hasta luego.

Julia, abrazada a su padre, lloraba de ternura, mientras el viejo murmuraba, fuertemente conmovido: —¡Es un hombre!...

ACEVEDO HERNANDEZ.

